

Dormir

■ Desde muy pequeños, un excesivo puritanismo nos hizo relacionar las cosas buenas de la vida con el pecado. Todo lo bueno que nos ofrecía el mundo implicaba un terrible castigo posterior. La buena comida nos llevaba derecho a la obesidad y al colesterol; la bebida mublaba nuestro cerebro y nos idiotizaba; el sexo... bueno, para que les digo las cosas con la que a toda una generación se nos amenazó si nos entregábamos a los placeres lujuriosos. Y mejor no mencionar el tabaco, a cuya sola invocación se nos aparece el fantasma del cáncer y el infarto.

Tanto es así, que cuando uno encuentra algo bueno que le produce un gran placer, lo primero que hace es preguntarse dónde está la trampa y qué es lo que le sobrevendrá si se entrega a él.

Lo bueno era malo y lo malo —como el aceite de ricino— era lo bueno. Esa era la complicada filosofía en la que se nos educó.

Sin embargo, con el correr de la vida, uno ha encontrado un placer extremo que, mírese por donde se mire, no se le puede encontrar la aparente inevitable secuencia de horror que debe seguir a todo placer: dormir.

Yo diría que dormir es uno de los placeres sanos que van quedando.

Ya veo el severo ceño del industrioso lector ante esta afirmación. ¿Cómo va a ser sano algo que es la antítesis de la actividad? ¿Es posible que alguien afirme que horas que se roban al trabajo sea bueno? ¿A dónde va a llegar el mundo si sus habitantes se dedican a dormir más allá de lo necesario para reponer energías que se deben entregar al noble laborar?

Vamos por parte. Yo creo que, astutamente, alguien invirtió el orden de los factores alterando, en este caso, el producto. No se duerme para trabajar. Se trabaja para poder dormir. Quien no se cansa física o intelectualmente, no recibe ese premio inmenso que es un dormir profundo y tranquilo. Durante la vigilia se vive la prosaica realidad, mientras se duerme procreamos poéticos sueños. ¿Hay alguien tan monstruoso que prefiera su vida cotidiana a la libérrima ilogicidad de sus sueños?

Ya en los albores de la era cristiana, el poeta Latino Lucano afirmaba:

"Y al infimo y pequeño

la menor suerte la mejora el sueño"

Y, posteriormente, a medida que se

iba cimentando la cultura occidental, no hubo gigante del pensamiento o del arte que no alabara el dormir y el soñar. Enrique Heine, el poeta alemán, afirma que de todas las invenciones el sueño es la más preciosa y el novelista francés Víctor Hugo nos dice que el sueño es el acuario de la noche, mientras que el sesudo filósofo Kant reconoce al sueño como un arte poético involuntario, y Santiago Watt, cuyos inventos revolucionaron a la humanidad, reconoce al término de su agitada vida: "No he conocido más que dos placeres: la pereza y el sueño".

¿Cómo echar en el saco roto tanta sabiduría junta? Y si el laborioso y desarrollista lector quiere un testimonio más decisivo, recurramos al más sabio de los sabios, a Sancho Panza, y oigámosle cómo dice: "Bien haya quien inventó el sueño, capa que cubre todos los humanos sufrimientos, manjar que quita el hambre, agua que ahuyenta la sed, fuego que caliente el frío, frío que templó el ardor y, finalmente, moneda general con que todas las cosas se compran, balanza y peso que iguala al pastor con el rey, y el simple con el discreto".

Apoiado por tan insospechados juicios, sostengo que dormir es el mayor placer que le es dado al ser humano y que, a diferencia de otros placeres, no produce ninguna atroz consecuencia. Por el contrario, el peor castigo a que puede estar expuesto el hombre es a no dormir. Cuando un enamorado quiere mostrarle a la amada la inmensidad de sus sentimientos, el dolor que siente al no ser correspondido, ¿qué le dice? Simplemente: "Me quitas el sueño". Y con eso dice cuán honda e insuperable es su aflicción. ¿Cómo castiga la voz de la conciencia a Macbeth después de haber cometido doble asesinato? Le dice: "¡No dormirás más...! ¡Macbeth ha asesinado al sueño!..."

Hay quienes han comparado al dormir con la muerte, pero hay que reconocer que la gran diferencia es que después de dormir uno se despierta, que es como resucitar todos los días, para saber que, al final de la jornada, un auspicioso bostezo le anunciará que nuevamente ha llegado el momento de dedicarse al más sano de los placeres que le es dado a todos los hombres por igual.

Buenas noches.

PARTIQUINO